

dibujos admirablemente acabados. El interior del templo no corresponde al exterior, si bien el pavimento está cubierto de planchas de plata; las paredes conservan todavía señales de dorado, pero están ennegrecidas por el tiempo y el humo; un catafalco se eleva en medio de la sala, rodeado de girones de sarga bordada de oro, y allí se conserva la famosa huella del pie de Buda. Muchos peregrinos depositan encima de ella sus ofrendas: muñecas groseras, calados de papel, tazas y un número inmenso de chucherías, entre las cuales hay muchas de oro y de plata.

Después de haber permanecido una semana en aquel monte, del cual saqué, á mas de interesantes colecciones, reliquias petrificadas con las cenizas de antiguos reyes, me fuí de nuevo con los elefantes de mi huésped de Arajiek que no me había abandonado, y además con un guía que me obligó á aceptar el príncipe de Phrabat. Recibimos también hospitalidad en la casa de este dignatario, y al día siguiente nos trasladamos por el río á *Saraburi*, capital de la provincia de Pakprieau y residencia de un gobernador.

Saraburi es una ciudad bastante grande, y está poblada de labradores siameses, chinos y laotianos. Como todas las ciudades y aldeas de Siam, se compone de casas de bambú, medio ocultas bajo el ramaje á lo largo del río. Mas allá están los arrozales, y mas lejos aun inmensos bosques únicamente habitados por animales salvajes.

El 26 por la mañana pasamos por delante de Pakprieau, aldea cerca de la cual empiezan las cataratas. Las aguas estaban aun altas, y tuvimos que luchar no poco para vencer la corriente. A poca distancia al Norte de este pueblecillo, hallé una pobre familia de cristianos laotianos de que me había hablado el buen padre Larnaudy (1). Amarramos nuestra barca cerca de su habitación, creyendo que estaria allí mas segura que en ningun otro punto durante el tiempo que gastase en la exploración de las montañas de las cercanías y en mi visita á *Patawi*, que es la peregrinación de los laotianos, como Phrabat es la de los siameses.

En todo el distrito de Pakprieau, todo el terreno, lo mismo al Este que al Oeste, desde las orillas del río hasta llegar á las montañas que empiezan á una distancia de 8 á 10 millas, é igualmente toda la cordillera desde la cima hasta la base está cubierta de hierro hidroxidado y de fragmentos de areolitos, por lo que la vegetación es aquí pobre y está casi toda ducida á bambús; pero donde quiera que los detritus han formado una capa de húmus algo gruesa, la vegetación es sumamente rica y variada. Los árboles,

(1) El P. Larnaudy era el intérprete de la embajada siamesa que estuvo en Francia en 1860.

que forman altas é innumerables oquedales y bosques bravos, suministran gomas y aceites que serian preciosos para el comercio y la industria, si se pudiese inducir á recogerlos á los habitantes perezosos é indolentes. Las selvas están infestadas de tigres, leopardos y gatos monteses. Dos perros y un cerdo fueron arrebatados cerca de la casilla de los cristianos que custodiaban nuestra barca durante nuestra permanencia en Pakprieau. Al día siguiente tuve el gusto de hacer pagar con su vida al leopardo el robo cometido á aquellas pobres gentes, y su piel me sirve de estera. Donde el terreno es húmedo y arenoso hallé numerosas huellas de los tan temidos animales, pero las del tigre real son mucho mas raras. De noche los habitantes no se aventuran á salir de sus habitaciones; pero durante el día saben que las fieras hartas del fruto de sus rapiñas se retiran á sus cavernas en el fondo de los bosques. Habiendo ido á explorar la parte oriental de la cordillera de Pakprieau, me estravié en medio del bosque al perseguir á un javalí que se abrió paso entre la maleza con mas facilidad que mis gentes y yo, cargados de fusiles, hachas, cajas, etc. Perdimos su pista, pero los gritos de espanto de los monos y otros animales nos indicaron que no nos hallábamos lejos de algun tigre ó leopardo que digería sin duda su presa de la mañana. Llegó la noche, y era menester pensar en volvernos á nuestro alojamiento sopena de algun encuentro desagradable; pero, á pesar de nuestras pesquisas, no pudimos hallar la senda, y como nos hallábamos muy internados en el bosque, tuvimos que pasar la noche encaramados en un árbol, donde nos hicimos con ramas y hojas una especie de hamacas. Al día siguiente, ya muy entrada la mañana, pudimos reconocer nuestro camino.

VIII.

Patawi.—Magnífica vista.—Regreso á Bangkok.

Habiendo hecho buscar inútilmente bueyes ó elefantes para llevar nuestros equipajes y explorar aquella parte del país, cuyos labradores se hallaban todos ocupados en la cosecha del arroz, dejé mi barca y cuanto en ella había al criado de mi huésped laotiano, y nos marchamos á pie, como peregrinos, hacia Patawi en una hermosa madrugada y hallándose el cielo ligeramente cubierto, como suelen desearlo los cazadores, y así es que el tiempo que hacia me recordó los agradables días de otoño de mi país. No iba acompañado mas que de Kue y de mi joven guía laotiano. Seguimos durante tres horas un sendero en medio de bosques infestados de animales salvajes, y cruzamos en seguida el camino de Kor t, hasta que al fin llega-

mos á Patawi. Lo mismo que en Phrabat, al pie de la montaña y á la entrada de una larga y ancha avenida que conduce á la pagoda, se encuentra una campana que tocan los peregrinos al llegar, para dar conocimiento de su presencia á los buenos genios y disponerlos á oír benévolamente sus preces. El monte, que está aislado y tiene unos 150 metros de elevación, es de la misma formación geológica que el de Phrabat, pero de un aspecto diferente, aunque también grandioso. No se ve ya aquel hacinamiento de peñascos rotos, sobrepuestos, como si algunos gigantes los hubiesen arrojado unos contra otros, dándose una batalla parecida á la de que nos habla la fábula. Patawi está al parecer compuesto de una sola roca, de una roca inmensa, que se levanta casi perpendicularmente como una muralla, exceptuando su parte media, la cual, hacia el lado del Sur, se adelanta como el alero de un tejado unos 6 ó 7 metros sobre el valle, que se domina desde allí como desde lo alto de una plataforma. Al primer golpe de vista, se reconoce la acción que ha ejercido el agua en un terreno que no era primitivamente mas que arcilla.

Hay muchas huellas análogas á las de Phrabat, y en varias direcciones troncos enteros de árboles derribados y petrificados al lado de otros semejantes que están vivos, de suerte que parece que el hacha acaba de echarlos abajo, y solo asegurándose de su dureza con el martillo, se puede uno convencer de que no se equivoca. Después de haber franqueado varias escaleras de piedra muy anchas, hallé á mi izquierda la pagoda y á mi derecha la habitación de los talapines, los cuales, en número de tres, uno superior y dos que le servían, custodian y honran los preciosos rayos de Somanakodom. ¿Los autores que han escrito acerca del budismo ignoran acaso la significación de la palabra «rayos» empleada por los sectarios de Buda? En siamés, el vocablo mismo que significa «rayo» quiere también decir «sombra», y por respeto á su divinidad la primera acepción es la generalmente recibida.

El talapin y sus dos hombres quedaron muy sorprendidos al ver llegar á la pagoda á un «farang» extranjero. Con algunos pequeños presentes no tardé en captarme su benevolencia. El superior sobre todo quedó encantado con un pedazo de acero imanado que le dí, y se entretuvo mucho tiempo con aquel insignificante juguete, dando gritos de asombro cada vez que con él atraía y levantaba todos los pequeños instrumentos que ponía á su alcance.

Me trasladé á la estremidad Norte de la montaña, donde algun ser generoso, para trazar una obra meritoria, tuvo la feliz ocurrencia de construir una sala semejante á la que se encuentra en muchos caminos y cerca de las pagodas para abrigo de los viajeros.

La perspectiva de que se goza en aquel punto es,

en todo el valor significativo de la palabra, de una esplendidez indescriptible. Ya ha podido verse que no tengo la pretension de pintar con todos sus colores estos espectáculos grandiosos que van sucesivamente á multiplicarse ante mis ojos, pero puedo asegurar que mis bosquejos no admiten mas que lo que realmente he visto. Hasta entonces no había encontrado en Siam mas que horizontes muy circunscritos, pero en Patawi la belleza del país se manifiesta con toda la exhuberancia de su lujo. Veía dibujarse á mis pies, como un rico y blando tapiz de terciopelo de brillantes, variados y grandiosos matices, una inmensa línea de bosques, en medio de los cuales los arrozales y otros lugares no arbolados parecían redécillas de un verde claro, levantándose poco á poco como en una tarima montecillos y nubes, y en lontananza al Este, al Norte y al Oeste, bajo la forma de un semicírculo, la cordillera de montañas de Phrabat, después las del reino de Muang-Lom, y por último las de Korat, hasta mas allá de 40 millas. Todas se eslabonan unas con otras, y no forman, si así puede decirse, mas que una sola masa, debida al mismo trastorno de la naturaleza. ¿Pero cómo describir la variedad de formas de todas estas cimas? Aquí un pino que se confunde con los rosados y vaporosos tintes del horizonte; allí agujas en que el calor de las rocas hace resaltar la lozanía de la vegetación; después lomas con sombras muy fuertes que se destacan sobre el azul del cielo; mas lejos magestuosas crestas: son en fin sobre todo los efectos de luz brillantes, las tintas delicadas, los tonos valientes, los que dan á este espectáculo no se qué encanto, no se qué magia, que la vista de un pintor podría abarcar, pero un pincel, por hábil que fuese, no reproduciría jamás sino imperfectamente.

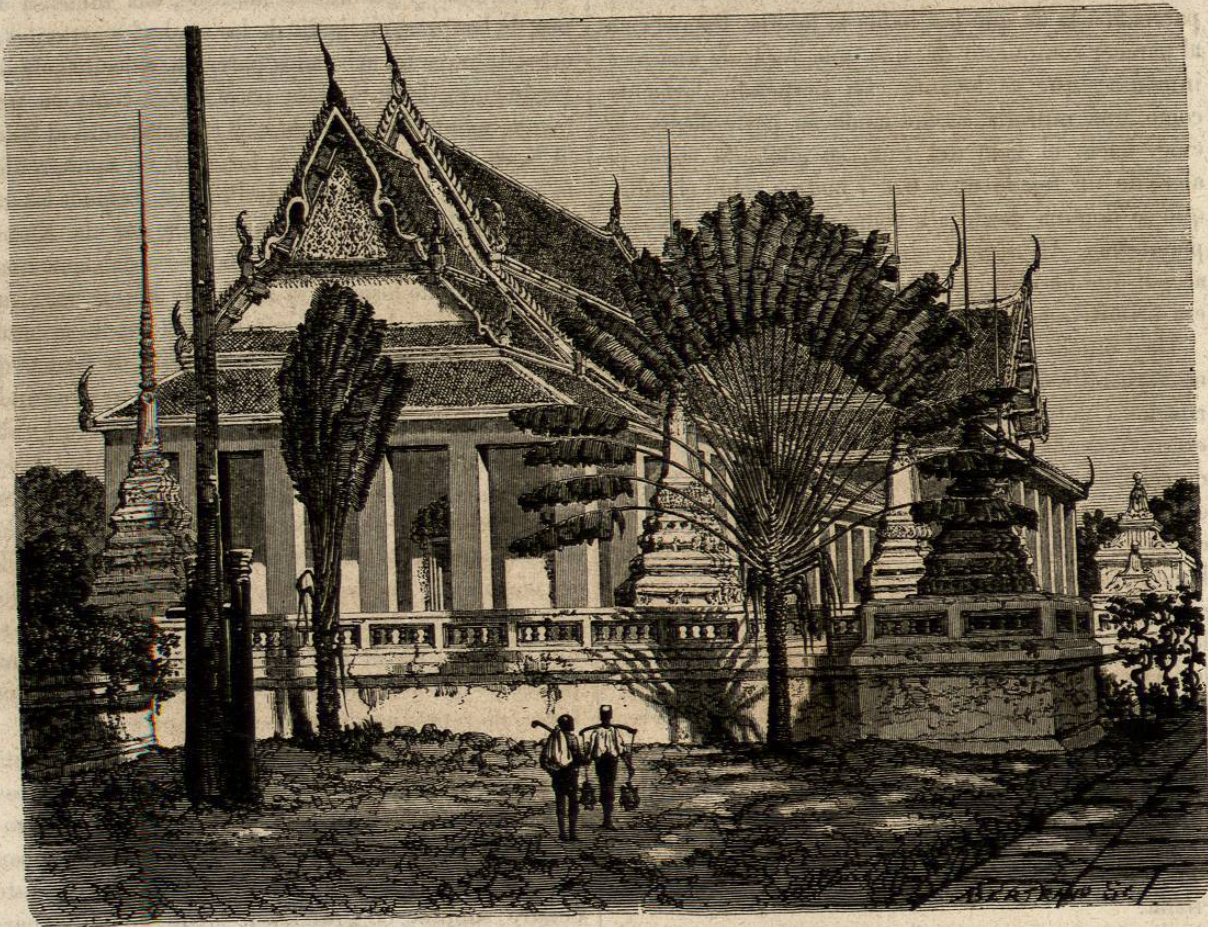
A la vista de este panorama inesperado, un grito de admiración salió al mismo tiempo de todas las bocas. Mis pobres compañeros, generalmente insensibles á las bellezas de la naturaleza, experimentaban sin embargo un momento de éxtasis delante de este cuadro sublime y grandioso. «¡Oh! ¡di! ¡di!» (hermoso) exclamaba mi joven guía laotiano, y preguntando á Kue lo que le parecia aquello, me respondió en su jerga mezclada de latin, inglés y siamés: «¡Oh master! los siameses ver Boudha en una piedra y no ver Dios en estas grandes cosas; mí estar contento de ser venido á Patawi.»

Por el lado opuesto, es decir al Sur, el cuadro es diferente. Es una llanura inmensa que se estiende desde la base de Patawi y de los montes vecinos hasta mas allá de Ajuthia, percibiéndose hasta las altas torres de esta ciudad que se confunden en el horizonte á mas de 120 millas de distancia. A la primera ojeada se ve cuál era el lecho del mar en una época aun no remota, en que toda esta vasta llanura del Sur de Siam, formaba un golfo. Numerosos bancos

de conchas que encontraba en la superficie y tambien escarbando son una prueba de ello, al paso que las huellas, las rocas, los mariscos fósiles, prueban igualmente un trastorno de otra época muy anterior.

Tuve en Patawi con los buenos montañeses laotianos una repetición de las veladas que habia tenido en Phrabat; todas las tardes, despues de la labor de los campos, pasaban muchos á ver al *farang*. Los laotia-

nos difieren algo de los siameses; son mas delgados y tienen los pómulos un poco mas salientes; tambien son por lo general mas morenos y llevan los cabellos largos, mientras que los otros se afeitan la mitad de la cabeza no dejando crecer los cabellos mas que en el vértice. No se puede negar á los laotianos el valor del cazador, si no tienen el del guerrero. Armados de un cuchillo ó de un arco con el cual lanzan diestramente á mas de 100 pasos balas de una arcilla endurecida al



Pagoda moderna en Ajuthia.—De fotografía.

sol, recorren sus vastas selvas, á pesar de los leopardos y tigres de que están infestadas. La caza es su principal entretenimiento, y cuando pueden procurarse un fusil y un poco de pólvora china, acosan al jabali ó se ponen en acecho del tigre y del gamo encaramados á un árbol ó metidos en un tollo que levantan sobre estacas de bambú. Su pobreza se acerca á la miseria; pero, como casi siempre proviene de su escesiva pereza, porque no cultivan mas que el arroz necesario para su nutrición. Conseguido esto, pasan lo demás del tiempo durmiendo, recorriendo los bos-

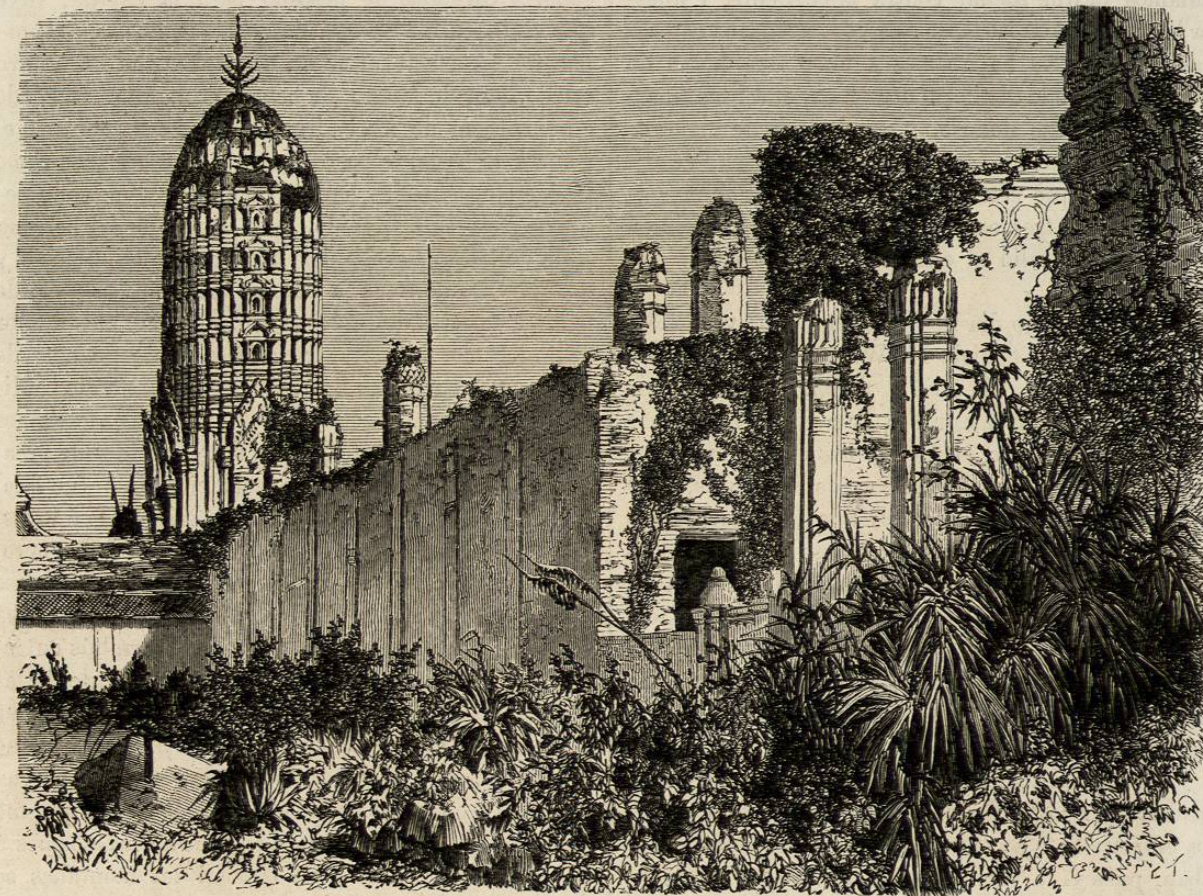
ques, haciendo largas escursiones á las ciudades y aldeas vecinas y visitándose de paso unos á otros.

En Patawi, oí hablar mucho de Korat, que es la capital de una provincia del mismo nombre, situada al Nordeste de Pakpriaui, á cinco dias de marcha de aquel sitio (100 ó 120 millas) y que tengo la intención de visitar mas adelante. Parece que es un pais rico y que produce sobre todo mucha seda de buena calidad; abunda igualmente mucho un árbol de cautchouc; pero los habitantes desprecian esta goma, ignorando sin duda su valor. Me he apoderado de una mag-

nífica muestra que ha sido muy admirada en Bangkok por los negociantes ingleses. La vidaes, segun se dice, de una baratura fabulosa. Se pueden comprar seis pollos ó pollas por un *fuang* (37 céntimos); cien huevos por el mismo precio, lo demás á proporcion. Pero para llegar allí es preciso atravesar durante cinco ó seis dias la vasta y profunda selva del *Rey del Fuego*, que se ve desde lo mas alto de Patawi, y solo durante la estacion de la sequía se puede el hombre

aventurar á pasarlo, pues durante la estacion de las lluvias, el agua y el aire son mortales. Los siameses, gente supersticiosa, no se atreven á disparar un tiro allí, temerosos de atraer los espíritus malignos que les harian perecer.

En el tiempo que pasé en la montaña, el superior de los talapines redobló sus atenciones hácia mi persona; hizo trasportar mi bagaje á su casa y tender mi estera sobre las suyas, de las que se privaba en obsequio



Ruinas en Ajuthia.—De fotografía.

mio. Los talapines se quejan mucho del frio que hace en Patawi en la estacion de las lluvias, de los torrentes que caen de la cima de la montaña, y tambien de los tigres, que arrojados de la llanura, se refugian en las montañas, y llegan á atacar sus habitaciones para llevarse sus perros y sus pollos. Sin embargo, no es solo en aquella estacion cuando les visitan, pues la segunda noche que pasamos bajo su techo, á cosa de las diez, los perros empezaron de repente á lanzar aullidos lastimeros:

«¡Un tigre!» exclamó mi laotiano, que estaba acostado cerca de mí.

Yo me levanté de un salto, y cogiendo mi fusil entreabrí la puerta; pero la profunda oscuridad no me permitió ni verle, ni salir, sin esponerme inútilmente; me contenté con disparar mi arma al aire para espantar al animal. Hasta la mañana siguiente no nos apercebimos de la falta de uno de nuestros perros.

Despues de haber recorrido aquella interesante localidad por espacio de una semana, fuimos á levar el ancla de nuestra barca para regresar á Bangkok, donde tenia que poner en órden mia colecciones y remitirlas.

Los lugares, que dos meses antes tenian encima 6

metros de agua, se hallaban en seco, y por todas partes alrededor de las habitaciones se cavaban los huertos y se empezaba la siembra de las legumbres. Pero los horribles mosquitos habian reaparecido en enjambres mas formidables aun, y despues de haber estado bogando todo el dia, mis pobres remeros no podian descansar siquiera un instante durante la noche. De dia, sobre todo cerca de Pakprian, el calor era excesivo. El termómetro se hallaba ordinariamente á 90° Fahrenheit (32° centígrados) á la sombra, y 140° Fahrenheit (60° centígrados) al sol. Por fortuna no teníamos ya que luchar contra la corriente, y nuestra barca, aunque bastante cargada, avanzaba con rapidez suma. Nos hallábamos á unas tres horas de Bangkok, cuando distinguí dos canoas europeas amarradas á la orilla del rio, y en una sala de viajeros, cerca de una pagoda, tres capitanes ingleses, ya conocidos míos que con sus mujeres estaban almorzando. Uno de los tres era el que me habia conducido á Singapore; me salió al encuentro y me obligó á almorzar con él.

En aquel mismo dia llegué á Bangkok, y no sabia aun dónde bajar, cuando M. Wilson, el amable cónsul de Dinamarca, me salió á recibir y me ofreció hospitalidad en su magnífica casa. Debo considerar la parte del pais que acabo de recorrer como muy sana, esceptuando tal vez la época de las lluvias, pues entonces parece que el agua que sale de las montañas, despues de haber pasado por muchos detritus venenosos y haberse impregnado de sustancias minerales, da origen á miasmas deletéreos de que procede la terrible fiebre de los bosques (*jungle fever*), la cual, ya que no arrebatte la vida á la primera accesion como suele suceder, no abandona á los atacados sino despues de algunos años de padecimientos.

Verifiqué mi viaje á lo último de la estacion de las lluvias, cuando los terrenos que habian sido inundados empezaban á secarse. Algunos miasmas se exhalaban, pues ví á varios indígenas atacados de calenturas intermitentes, pero yo no padecí ni el mas ligero dolor de cabeza. ¿Debo atribuirlo al régimen que seguia, y que con frecuencia se me habia recomendado, el cual consiste en no beber mas que té, nunca ó muy rara vez vino, ni licores espirituosos, y jamás agua fresca? Yo tal creo, y opino que con semejante método no se correria riesgo ni aun en las localidades mas insalubres.

IX.

Partida al Cambodge.—Viaje en barca de pescadores.—Chantaboun.—Productos.—Comercio.—Fisonomía del país.—Archipiélago del golfo de Siam.—Medio de que se valen los cocodrilos para coger monos.

Mi intencion era visitar el Cambodge, pero no podia trasladarme con mi ligera barca de rio, y como entre Bangkok y Chantaboun apenas se ven circular mas que pequeños juncos chinos ó barcas de pescadores cargadas de pescado para la capital, tuve que embarcarme en una de estas últimas, y me embarqué en efecto el 28 de diciembre con un nuevo criado llamado Niou, de origen annamita. Educado en el colegio de los Padres en Bangkok, conocia el francés lo bastante para serme útil, sobre todo como intérprete. Nuestra embarcacion era demasiado pequeña para su contenido, pues á mas de mi persona y la de Niou, llevaba dos hombres de tripulacion y dos jóvenes de trece á catorce años. El aspecto de todos los islotes del golfo es de un efecto encantador y pintoresco. Nuestra travesía se prolongó mas de lo que nos habíamos figurado, pues bastando ordinariamente para hacerla unos tres dias, gastamos ocho, gracias al viento que era muy fuerte y de proa. Tambien nos sobrevino un accidente que fue fatal á uno de nosotros y que hubiera podido serlo á todos. Era en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero. Nuestra barca se deslizaba rápidamente á impulsos de una ventisca violenta y fresca. Yo me hallaba sentado debajo de un toldo de hojas y bambús entrelazados que me protegía de la lluvia y relente de las noches; despidiéndome del año que acababa de pasar y saludando al que empezaba, pedía al cielo que me fuese propicio, y sobre todo que derramase pródigamente la copa de la felicidad entre todos los que me son queridos. La noche era oscura. Nos hallábamos á dos millas de la costa, en la cual las montañas se presentaban como una sombría faja. Solo brillaba el mar con aquel resplandor fosforescente tan conocido de los que han navegado mucho. Por espacio de algunas horas, dos tiburones nos siguieron tenazmente dejando en pos de sí una especie de surco tortuoso de fuego. Todo permanecia á bordo silencioso, sin que se oyese mas que el viento que silbaba en las jarcias y el ruido de las olas. A aquellas horas de la noche, solo y muy lejos de cuantos amaba en el mundo, sentía apoderarse de mí una melancolía que trataba en vano de disipar, y una zozobra de que no sabia darme cuenta. De repente experimentamos un violento choque, seguido casi inmediatamente de otro, y nuestra barca quedó completamente inmóvil. Todos lanzamos un grito de angustia; los marineros con Niou se trasladaron de un salto á la proa; en un ins-

tante se amarraron las velas y se encendieron antorchas; pero ¡oh desgracia! uno de nosotros faltó al llamamiento. Uno de los jóvenes que se hallaba acurrucado junto á la orla del buque fue arrojado al mar por el choque, y en vano buscamos el cuerpo del desgraciado, pues indudablemente habia sido presa de los tiburones. Afortunadamente para nosotros, la barca no habia tocado sino por un costado contra la punta de una roca y se habia en seguida barado en la arena, de suerte que despues de haberla desatascado pudimos ir á echar el áncora cerca de la costa.

El 3 de enero de 1859, habiendo atravesado el pequeño golfo de Chantaboun con mar escesivamente gruesa, vimos aparecer la famosa roca del Leon, que forma como la punta de un cabo á la entrada del puerto. Desde lejos parece un leon echado, y cuesta trabajo creer que la sola fuerza plástica de la naturaleza haya modelado aquel coloso con tan curiosas formas, y sin embargo, su verdadero creador ha sido el agua que le ha redondeado y dado la figura que tiene. Se comprende que aquella roca, como todas las cosas que les parecen extraordinarias ó maravillosas, inspira á los siameses una especie de veneracion. Cuéntase que un dia el capitan de un buque inglés que habia anclado en el puerto de Chantaboun, al ver el leon se empeñó en que se lo vendiesen, y negándose á ello el gobernador, disparó sin piedad todos sus cañones contra el *pobre animal*. Se ha ocupado de este hecho un poeta siamés, cuya obra es una queja patética y sentimental contra las malas entrañas de los bárbaros de Occidente.

El 4 de enero, á las ocho de la mañana, llegamos á la ciudad de Chantaboun propiamente dicha. Está edificada á lo largo del rio, á 6 ó 7 millas de las montañas. Los annamitas cristianos componen poco mas ó menos la tercera parte de su poblacion, constituyendo el resto los mercaderes chinos, algunos annamitas paganos y los siameses. Los segundos son todos pescadores procedentes de annamitas que estaban dedicados á la misma industria, los cuales, habiendo salido de Cochinchina para pescar en el Norte del golfo de Siam, se establecieron poco á poco en Chantaboun. Todos los dias, mientras dura la estacion fria, si no está el mar demasiado revuelto, tienden sus redes en las pequeñas bahías del litoral ó en las ensenadas que se forman entre unas y otras islas.

El comercio de aquella provincia no es considerable, comparándolo con lo que podria ser; pero los numerosos tributos, las cargas impuestas continuamente al pueblo por los jefes, y además la usura y las prevaricaciones de los mandarines, unidas á la esclavitud, abruman y arruinan á las familias y esterilizan el trabajo. Sin embargo, aunque la poblacion no es numerosa, se esporta á Bangkok una can-

tidade mas que regular de pimientos que los chinos cultivan principalmente al pie de las montañas, un poco de azúcar y café de una calidad muy superior, y por último, esteras hechas de juncos, muy hermosas, que se venden en China muy ventajosamente, tabaco, y cierta cantidad de pescado seco y salado, como igualmente *bichos-di-mar*, llamados propiamente holoturias, género de gusanos marinos, y conchas de tortuga que pescan los annamitas paganos.

Todo súbdito siamés, desde que llega á la talla de tres codos, está sometido á un impuesto ó tributo anual, que equivale á 6 ticales (18 francos); los annamitas de Chantaboun lo pagan en madera de águila y los siameses en gutagamba. El tributo de los chinos se paga en goma laca, y solo cada cuatro años, no siendo mas que de cuatro ticales. A lo último de la estacion de las lluvias los annamitas cristianos se reunen en grupos de quince á veinte, y parten conducidos por un hombre experimentado, que se constituye jefe de la expedicion é indica ordinariamente á los demás los árboles que contienen madera de águila, pues no todos son igualmente hábiles para reconocerlos, y es necesario, para obtener buen éxito y ahorrarse un trabajo inútil y penoso, estar dotado de una esperiencia que solo se adquiere á fuerza de tiempo. Los unos se quedan en las montañas circunstanciales, otros van á las grandes islas de Ko-Xang ó de Ko-hut, situada al Sudeste de Chantaboun.

La madera de águila es dura, gotada ó mosqueada, y exhala al quemarla un olor aromático fuerte. Sirve para quemar despues de su muerte, el cuerpo de los príncipes y altos dignatarios que se conserva de antemano por espacio de un año en un ataud. Los siameses lo emplean igualmente en medicina. El tronco del árbol que lo produce es interiormente blanco y muy tierno, y es preciso derribarlo y hendirlo todo para encontrar la madera de águila que contiene. Los annamitas conservan como una especie de secreto los indicios que les dan á conocer semejante árbol. Han servido sin embargo para ponerme en camino de descubrir el secreto los pocos datos que me han suministrado. Hice derribar en la montaña algunos árboles que en mi concepto debian contener madera de águila, y el resultado de mis observaciones fue que esta madera se forma en las cavidades del árbol, el cual la contiene en una cantidad, tanto mayor, cuanto mas viejo es. Se golpea el tronco del árbol, y si el sonido que se produce es hueco y si exhala por los nudos un olor mas ó menos fuerte de madera de águila, es seguro que la contiene.

La mayor parte de los mercaderes chinos se entregan al opio y al juego; los annamitas cristianos observan generalmente una conducta mas arreglada: pero su carácter es completamente opuesto al de los